

LA NOCHE DEL RAJÁ

JEAN-CLAUDE MASSON

Calle de Picpus, un gran camión rojo se derrite bajo el sol enardecido: *Rajá, Papeles pintados*. Allí, se despegarían en seguida, me digo; claro, con la humedad.

Allá, sólo la piel se vuelve pegajosa, todo lo demás se desprende. Ahora estoy lejos de Picpus y de un autobús verde pistache que acaba de aplastar mi sombra. Se dirige a Montempoivre. Tengo un sabor a gengibre en la boca.

El coche, un *Ambassador* sin protocolo, cae presa de un último sobresalto. Un campesino nos mira detenidamente, rascándose la cabeza a través del turbante azafranado. Habla su lengua, nada más. Sin duda tiene razón, pero, a fuerza de gestos, onomatopéyas, mímicas, los primeros hijos de Adán debieron haber alimentado numerosos malentendidos. Concluimos en un acuerdo tácito: empujar el coche hasta un semblante de acotamiento, agonía de pitazos. En una hora se cerrará la noche, sin más advertencia.

El mapa se despliega sobre el primer plano de la cajuela. En medio de un calor infernal. La magra sombra del primer eucalipto queda a cien metros: dos personas no cabrían bajo su cobijo. El árbol no es ávaro de su sombra; simplemente espera la lluvia desde hace semanas. Hay irritación en el aire.

El mapa señala un pueblo cercano: Orchchá, dos kilómetros a la derecha, en el límite del Uttar-Pradesh y del Madya-Pradesh. Abandonamos la carretera grande.

Pequeño camino pedregoso. Nadie. Los rebañíos ya regresaron. Zopilotes y cuervos cumplen metódicamente el trabajo de los recolectores de basura. Las sombras se estremecen, se encogen bajo las ramas.

Con el puñal del sol clavado en la espalda, la camisa calçada sobre el cuerpo, el pañuelo transformado en diminuta esponja: la caminata se antoja un modesto aprendizaje del vía crucis. Bocanadas de viento hirviente. A la izquierda, de pronto, en el llano bruno, arrugado, masas nebulosas pasan al galope como una nube de saltamontes negros. El aire se tensa, la tierra cruje, los árboles jadean.

Las nubes se aplastan sobre el suelo, muy cerca:

catarata aterciopelada. El viento refresca, corre entre los follajes; los árboles se encabritan con furia. La lluvia de un solo golpe: no cae, se desploma. Corremos hacia un bosquecito con harapos en el cuerpo.

En unos minutos, el paisaje se ha vuelto irreconocible. El agua cava cicatrices en el llano, rechinan todas las articulaciones de las frondas, la tierra traga, se hincha, escupe. Los regueros silban. La sombra del cielo se aleja a grandes pasos sobre la carretera: un lodazal.

El viento se detiene de golpe, la lluvia cesa, se oye el rebote de las gotas. Una sombra cruza el camino arrastrándose. La noche se cierra: escándalo de los insectos.

La ropa se secó como por milagro. El aire está tibio y sabe a tierra fresca. Chapoteamos en los charcos.

A la vuelta del camino, un templo, como negruzco ahuecando la noche. En el horizonte, bloques de sombras se enciman: el pueblo, dominado por una fortaleza erizada de torrecillas cual cascos mongoles. Nubes andrajosas. Mancha mate, la luna se levanta.

En la entrada del pueblo, una docena de vacas blancas se alinean una tras otra, cabizbajas ante la puerta del establo. El alumbramiento público está descompuesto. Las puertas están entreabiertas: cuchicheos, unas velas y lámparas de petróleo. Llamas fijas, ni un soplo de aire.

Tocamos a una puerta. Voces de niños, susurros de sari. Por el quicio se asoma un turbante verde sobre una frente surcada por un arado, grandes ojos azorados, pesados párpados bistrés, una sonrisa que descubre dientes rojos de betel. Algunas palabras en inglés: teléfono cortado, fortaleza (la señala con el dedo), Rajá (simula estar dormido, con las manos juntas bajo la mejilla y la cabeza inclinada).

Para llegar al pie de la plaza fuerte, hay que cruzar un pequeño puente de piedra arqueado, que salta un sordo quejido. Pienso en Breton, en la noche de Castellane: "Cuando llegué al otro lado del puente, los fantasmas acudieron a su encuentro". No termino la frase cuando me hundo en el lodo hasta las pantorillas.

Muros cuarteados, musgosos. Arriba, la fortaleza

de múltiples cúpulas erizadas de picas, tal una mano amenazante, una bofetada al cielo. Grandes alas dentadas se cierran sobre las torres cardenales: vampiros, estrigas, murciélagos.

Las escaleras que suben al patio central son enormes: escalera de titanes. Piedras leprosas. Trasudaciones. El patio —inmenso, rectangular— está rodeado por murallas abruptas, salvo en un costado donde se perfila una veranda. La explanada está cubierta de charcos donde se demoran fulgores de luna. Sobre los tres costados fortificados, a dos metros del suelo, se levantan grandes manos de bronce, lampadóforos: las antorchas humean, crepitan.

El bálsamo de la lluvia quedó sin rastro: todo transpira. La puerta de la veranda rechina, un joven nos hace una seña. Entramos.

Vasta sala de mosaicos recién lavados, que reflejan las antorchas. Muros enlucidos, color crema. Ante el gran ventanal, mesas bajas, sillones de mimbre. Del techo cuelgan enormes ventiladores, desesperadamente perezosos. Un bar improvisado. En un trinchero, la pantalla de un televisor como un hueco de sombra aún más densa.

—¡Bienvenidos al antiguo refugio de los *Thugs*!, clama una voz estentórea nuestras espaldas.

Precisamente estábamos evocando, para jugar a espantarnos, a los célebres *dacoits*, esos bandidos del campo que siguen asolando la región con sus secuestros. Pero, ¡los *Thugs*! Era volver a abismarse en la Leyenda Dorada de la infancia.

El hombre se acerca con la mano tendida. Mide más de dos metros y pesa doscientas libras. Amplia camisa de algodón blanco que cae sobre el pantalón de lino gris, sandalias de cuero burdo; cara ancha, piel acecinada, los ojos como dos piedras lunares, nariz aguileña, pelo ondulado, largas cejas de gato, labios carnosos de mueca un tanto infantil. El hombre es imponente, elegante, cordial. Debe rozar los cincuenta.

—Me llamo Bir Singh Deo, el quintodécimo del nombre, príncipe de Orchchá. Mi modesta morada es toda suya.

Con esas palabras se dejó caer en un sillón frente a nosotros, antes palmear con las manos: el joven nos trae cerveza y jugos —tibios, discúlpenme, comenta el Rajá, hace horas que se fue la electricidad.

Quiere saberlo todo: de nosotros, del viaje. Como muchos hindús cultos, habla inglés sin forzar las "erres", más bien como si masticara papas calientes. Su voz es grave y calma, con eventuales exclamaciones agudas.

—Apenas entraron al pueblo, llegaron a avisarme, dice guiñando un ojo con aire autoritario y satisfecho. La carretera se detiene en Orchchá. Sólo se puede entrar y salir por el camino que tomaron. Más

allá de la fortaleza, es la jungla, que cruza un río salvaje y caprichoso.

Me muero de ganas de llevar la conversación sobre los *Thugs*, pero siento que el momento no ha llegado aún. El Rajá cruza las piernas con lentitud, baja un poco los párpados y sorbe su cerveza meticulosamente.

—El Madhya-Pradesh, como ustedes saben, es tan grande como Francia, prosigue. Aunque esté situado en el centro de la India, como su nombre lo indica, es una región muy apartada, muy...insólita (iba a decir misteriosa, pero se contuvo), propicia a las leyendas épicas, al misticismo. Por eso, para mis pares, es un deber —y un placer— recibir a los extranjeros, a los peregrinos, a los fugitivos...Verán, estamos justo en la frontera entre dos Estados. En una zona desdibujada, indecisa, ¿cómo dicen ustedes?, un *no man's land*, ¿no es así? Tan indecisa que no todos coinciden en el nombre de estos lugares. Algunos llaman a este pueblo *Tikangárh*.

—Como pudieron apreciarlo, estamos lejos de la capital y de las leyes del Congreso. Por ejemplo, mis campesinos y sirvientes aún deben cientos de años de servicio a mis ancestros. ¡Pero no se trata de esclavitud!, concluye perentorio.

Mientras llega la hora de la cena, el Rajá nos invita a conocer nuestra habitación. Salimos de la veranda, bajamos unos escalones resbaladizos: cae un chipichipi pegajoso. Monos brincan sobre las almenas. La habitación da directamente al patio.

Pesada puerta de madera, provista de sólidos candados (pero, me inquieta un poco una apertura de unos centímetros, en la parte inferior). El cuarto es exiguo, abovedado, carente de revestimiento sobre los bloques de piedra maciza. Un solo vano, pequeño, sin ventana, con un mosquitero de dimensiones aproximativas. Olor a encerrado. Un hachón de estaño sobre la mesita de noche. Y el maldito ventilador inmóvil. Estar condenado a dormir bajo sus narices, como si se burlara de uno. Unas lagartijas se apoderaron del baño.

Unos golpecitos discretos —como arañazos de gato— tamborilean en la puerta: la cena está servida. Salimos: el patio se ha convertido en un escenario teatral.

La mitad de la explanada está protegida por un dosel de hule. A la izquierda, un pequeño estrado alfombrado, donde se dispuso la mesa; otro estrado, más grande, se instaló enfrente. El conjunto está iluminado por las manos de bronce y decenas de pequeñas veladoras de cera roja, colocadas sobre el suelo. En la parte descubierta del patio, varios braseros calientan grandes fuentes con tapas de plata como campanas. En la sombra, al fondo, el Rajá nos da la espalda. Enciende velas en un pequeño altar rojo

sangre, donde está la estatuilla de *Ganesha*, el dios elefante, agazapado en un árbol hueco.

Al término de las devociones, el Rajá se da la vuelta y se dirige hacia nosotros con un vaso de cerveza en la mano.

En la mesa, donde hojas de plátano hacen las veces de platos, ya sirvieron los *chapati*, esas delgadas tortillas de harina redondas y crujientes, cocidas sobre un comal. En un vaivén constante, entre los braseros y el estrado, los jóvenes sirvientes traen un sinnúmero de platillos que se juxtaponen y armonizan: en olor, en sabor, en color, sobre las anchas hojas verdes de fuertes nervaduras. El arroz y el *nán*, pan inflado, cubierto de mantequilla clara, se acompañan con una infinita variedad de salsas: *masala* (curry con verduras) y *chutney*, de croquetas de pescado, de albóndigas de carne y de *dal*, las infaltables lentejas.

El Rajá come con apetito: lo imitamos de buena gana. Habla poco, salvo para comentar los aderezos y dar breves órdenes. La lluvia regresa, con violencia duplicada, crepita sobre el dosel. La mesa se cubre de sombras vacilantes.

A lo lejos, un perro ladra con furia, aulla, gime, vuelve a aullar. El Rajá estalla en risa. Nos explica que el animal debe estar prisionero, debe haber caído en... No entiendo qué dice. Repite: *barbed wire*. Quizá, alambres de púa, dices tú. El perro ladra más fuerte aún.

El Rajá da dos palmadas. Músicos salen de la veranda y se instalan en el estrado grande. Llevan una faja de tela blanca sobre las caderas, un turbante rojo, y sus piernas nudosas quedan al descubierto hasta el muslo. Entre sus instrumentos, reconoces la *viná*, con la caja de resonancia en madera de pan, y las *tablá*, los tambores dobles. Es más de la medianoche.

Alrededor de la puerta de nuestro cuarto, la pared está salpicada de salamanquesas. Una de ellas, de buen tamaño, caza un mosquito cerca del vano ennegrecido por una antorcha. El pequeño saurio sin duda es inofensivo y su cacería, una bendición, pero, de todas maneras, no se trata del grácil "*kardown*" de Nodier en *El sueño dorado*, la lagartija que confundía las ruedas de zanañoria con las monedas de un tesoro. Y esa apertura abajo de la puerta.

Mientras se desgranán, se enciman, rivalizan y se responden las notas de música cromada, una extraña pareja entra en escena. Primero, un anciano baja la escalinata de la veranda martillando el suelo a pasitos, con los brazos en alto y sosteniendo dos antorchas. Largo bigote y barba tupida que salen del turbante blanco, ojos aguamarina, rasgos angulosos, sonrisa maliciosa, cuerpo ético. A medida que se va acercando a la orquesta, acelera la cadencia y comienza a ondular la cadera. Lo sigue una mujer joven, de rasgos delicados, con las mejillas pintadas y

los ojos subrayados por el *khôl*. Lleva un sari color malva, bordado con plata u oro, un triple collar de turmalina, sortijas en forma de anémonas, una *tilaka* (el ojo del espíritu, en medio de la frente) en rojo vivo. Con cada movimiento de su cuerpo, que sigue el ritmo del anciano, cascabeles reproducen el ruido de la lluvia. Los lleva por docenas, colgados de joyas de plata: alrededor de la cintura, en aretes que penden como racimos, en brazaletes que le apresan la parte superior del brazo, las muñecas y los tobillos, y hasta en el extremo de una trenza que corre a lo largo de la raya que divide su pelo.

La cena llega a su fin. Mientras la pareja se contonea, la joven provoca al anciano y la orquesta suda la gota gorda, el Rajá sale de su mutismo. Señala con un amplio ademán a los músicos y bailarines:

—Uno de los pueblos más antiguos de la India, los *Gond*. Tolomeo los llamaba *Gondaloi*. Algunos se asentaron, pero otros, como éstos, nunca dejan de viajar por la región y los Estados limítrofes. Veneran al Sol. Antaño, sacrificaban vacas, imagínense, dice riendo; luego, con una voz seria hasta dar escalofrío y no les gustaba eso. Este pueblo solía hacer sacrificios humanos, como los *Bhil*, temibles arqueros, o los *Santál*...

—Como los siguen practicando los cazadores de cabezas del *Nágaland*, dices mirando una salamanquesa que se mete al cuarto.

—O como los *Thugs* de antes, digo a mi vez, que le dieron tantos dolores de cabeza a los ingleses.

—Por lo que veo, el tema le interesa sobremana; le voy a enseñar algo.

Los músicos desaparecieron mientras conversábamos, al igual que los sirvientes. Los braseros y las veladoras se apagan: de golpe, el patio regresa a la noche. Cruzamos la veranda, franqueamos varias puertas bajas, penetramos en una sala amplia, de techos artesonados, iluminada por candelabros.

Decorado finisecular: arañas de lágrimas cristalinas, alfombras de lana y seda; cómodas, veladores, consolas, credencias; sillas acanaladas, poltronas, mecedoras. Un enorme sofá cubierto por una funda: barca abandonada al amparo de una mortaja. Vitriñas atiborradas de objetos dispares; trofeos de caza, haces de armas. Espejos de distintas formas y diversos formatos. Sin embargo, no es un caos: el salón está cuidadosamente ordenado, pero bajo varias generaciones de polvo.

Las paredes están tapizadas por una impresionante cantidad de viejas fotografías, a menudo manchadas, amarillentas, cuarteadas, semiborradas.

—La Rani, mi esposa, muerta a los diecinueve años, dice nuestro huésped sin el menor cambio de tono.

No rehuye los tópicos: fotografías de cacería del tigre, de elefantes acaparazonados, conducidos por cornacas; bigotes de otros tiempos, instantáneas de los años veinte, con sus inevitables limusinas negras, señores de frac, señoras de sombreros alados. Un retrato de Madame Blavatsky me regresa diez años atrás, en Calcuta. Por casualidad, me había metido a las oficinas de la Sociedad teosófica: escaleras y paredes carcomidas por el salitre, una vieja limpiaba el mismo escalón, sin descanso, con un trapo; en la biblioteca, una limosnera dormía en una banca; unos libros terminaban de pudrirse tras alambreras rotas.

El Rajá nos invita a sentarnos y se eclipsa sin una palabra. Regresa unos minutos después con una botella de whisky bajo el brazo y, en la mano, una especie de listón muy fino que me tiende.

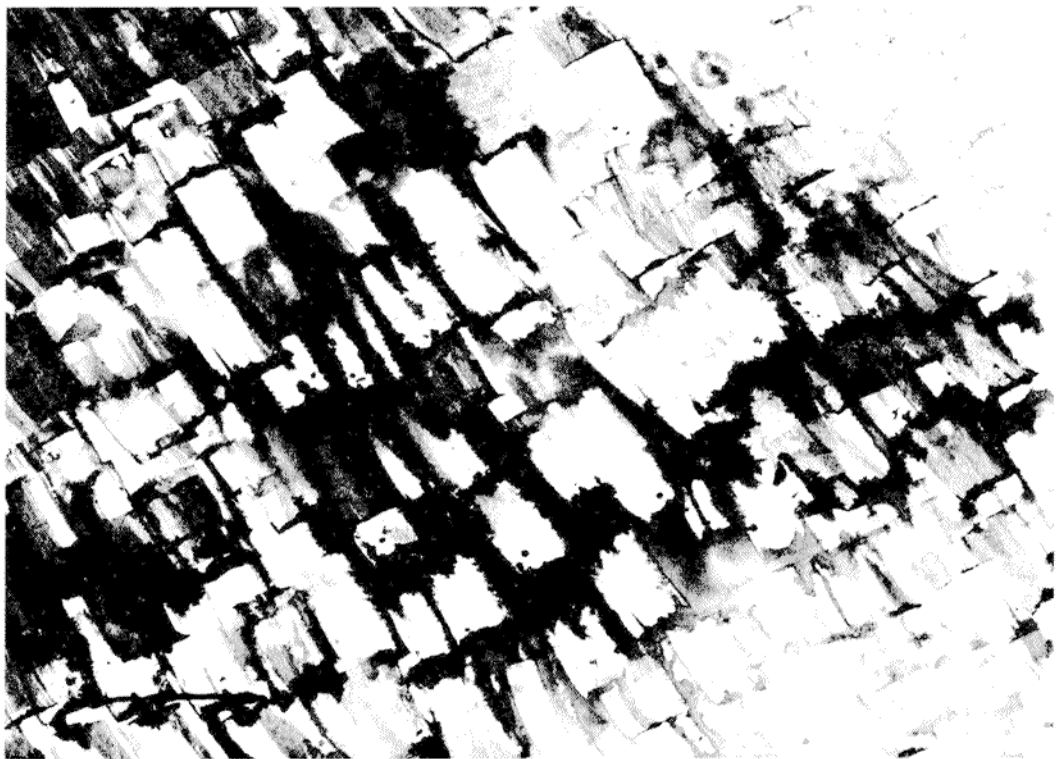
—Es...insólito, ¿no le parece?, dice espiando mi reacción.

En realidad, no se trata de un listón, sino de un cordón de cáñamo crudo, trenzado, a un tiempo flexible y acerado.

—El arma de los *Thugs*, aventuro sin mucha convicción, como ante la encarnación de una lectura de

adolescencia, las aventuras de Bob Morane o Bill Bantline, o el viaje interminable de Phileas Fogg.

—Así es, asiente el Rajá con un dejo de orgullo. Descubrí uno de sus escondites en los sótanos del castillo. Hace más de ciento cincuenta años, allí tramaban sus complots, cuando uno de mis ancestros tuvo que huir con toda su familia. Sí, eran los estranguladores de los soldados y administradores ingleses. Cuando yo era joven, mi padre nos leía una traducción de uno de sus clásicos: *La vuelta al mundo en ochenta días*. Jules Verne menciona las tierras donde estamos, el Bundelkhand, y a los Rajás refractarios al poder del virrey. Para volver a lo que parece apasionarlo, le diré que hasta encontré mensajes escritos en el dialecto de los *Thugs*, el *râmasi*. También una estatua de *Kâli*, su diosa negra con collares de cráneos en el cuello. La mandé enterrar en el patio. Mis sirvientes estaban aterrorizados: temían no sé qué oscura venganza. Pero todo eso, para ustedes, no es sino folklore, ¿cierto? *How do you say it in French?* *¿Couleur locale?* Los europeos no entienden nada de la muerte. Al menos, los anglo-sajones, porque ustedes los latinos, son un poco menos...obtusos.



Paisaje

Sonríe y nos sirve un trago.

—El alma hindú sueña con morir, continúa, mientras ustedes están sedientos de inmortalidad. Nuestra devoción corteja la muerte; es tanto más sensual cuanto aspira a fundirse con ella. Por eso nuestra religión repugna a otros pueblos de Oriente, sobre todo a los musulmanes. Pero también eso explica la fascinación de los germanos por nuestra cultura: es el revés de su mundo, la deslumbrante encarnación de lo Intolerable.

“En este salón, nada ha cambiado desde la desaparición de mi abuelo. Mis padres nunca movieron un solo mueble, ni sustituyeron un solo objeto. Crecí en esta suerte de museo, o de mausoleo, y como no tengo descendiente, seré el último príncipe de Orchchá. Todo desaparecerá conmigo: esta sala es un templo consagrado a la muerte.

Son casi las tres de la mañana. El Rajá nos contó, muy desordenadamente, la historia de su linaje, desde Jahángir en persona, el hijo de Akbar. En recompensa por un asesinato, el primer príncipe de Orchchá, Bír Singh Deo Bundelá, fue colmado de honores y riquezas —entre las cuales, tres mil soldados— por el emperador mongol. Este mismo ancestro, fundador de la dinastía, protector de los letrados, mandó construir el templo de Mathurá, imagínense, prosigue el Rajá con voz asordinada. Pero fue vencido por Aurangzeb, un puerco, que transformó el templo en mezquita. Mi ancestro construyó la mayor parte de este castillo; su tumba está aquí, cerca.

Nuestro huésped parece agotado. Murmura: el último Rajá del Bundelkhand, desde el tiempo de los mongoles. No deja de repetir, como en un sueño: Bír Singh, el protector de los poetas, *moghol period, moghol period...* Yes, yes, riéndose, sonriendo, balbuceando, exclamando: *moghol period, I'm sorry, mi head is so empty*. Cuando nos despedimos, seguía recitando los versos de Vidyápati:

Llena hasta el borde,
así es la estación de las lluvias;
vacía queda la morada del espíritu.

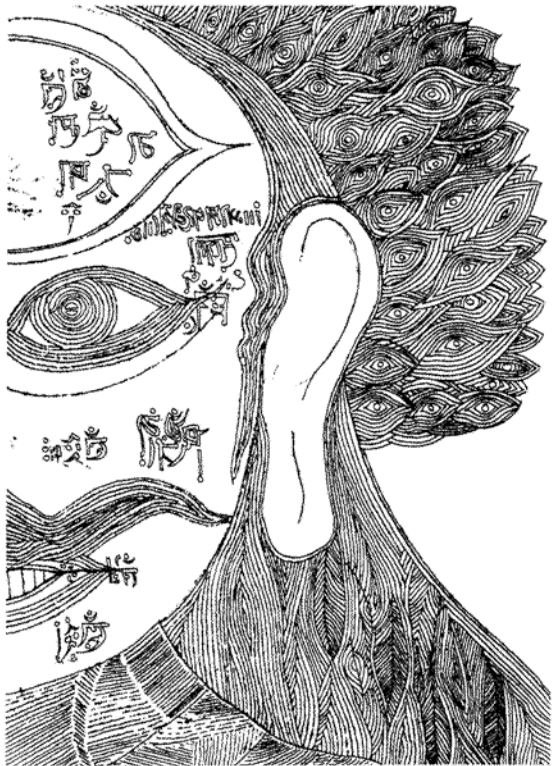
El salón era un horno, la habitación también: casi no dormimos. En la madrugada, se aparece el joven que nos había recibido la víspera: después del desayuno, nos guiará hasta la carretera e intentará componer el coche.

Otra vez el patio metamorfoseado. El suelo seco por completo, las altas murallas grises miran desfilar el cielo blancuzco. Tramos de escalinatas dan acceso a distintas terrazas escalonadas hasta la cima de la ciudadela. Musgo, líquen, fisuras. Por doquier, cagarritas de murciélagos. Los monos se encanallan. El espectáculo bien vale el esfuerzo del ascenso: salvo el

pueblo, una pequeña mancha clara, toda la propiedad está invadida por la vegetación: dependencias, templos, ruinas de edificios donde saltan otros muros, vestigios de fortificaciones. Un río rabioso, marrón, arrastra grandes árboles; las isletas están casi sumergidas. La selva conjuga sus troncos imbricados: el bañón, la palmera, el bambú, el banano, el mangle, el santal rojo, la teca, el *pippal*. De una maleza a otra, los pericos se mandan estafetas, alegres emisarios.

Un triciclo motorizado, pintarrajeado, pedorrea en el patio: se antoja un gran sapo. La electricidad está restablecida; Rájiv Gándhi da un discurso en la televisión. El Rajá salió. Le dejamos una nota de despedida.

Las nubes se disipan: el cielo está recién lavado, el pueblo vibra de blancura, el paisaje se absorbe a sí mismo, se concentra. La carretera ya está polvorienta. Cuando llegamos al cruce, el coche en el acotamiento parece como nuevo. Antes de abrir la cajuela, por ventura enciendo el motor: el *Ambassador* arranca en el acto. <



Sin título